FUTURO



Las relaciones entre la New Age y la ciencia por lo visto invitan a la polémica. Hace unos meses, el 24 de octubre del año pasado para ser más precisos, Futuro publicó un capítulo del último libro del enfant terrible de los sociólogos norteamericanos, Andrew Ross, en el que busca explicar qué huecos dejados por la ciencia ortodoxa ocupan las múltiples disciplinas que se conocen como New Age. Poco después (28/11/92), el local Alejandro Agostinelli, miembro del Consejo Argentino para Investigación y Refutación de la Pseudociencia (CAIRP), criticó las posturas de Ross y defendió a pipeta y espada la razón pura y dura. En esta tercera entrega de la polémica, el epistemólogo Alejandro Piscitelli y la periodista Marina Umaschi buscan tomar distancia, aseguran, tanto del tratamiento light del problema que hace Ross como del fundamentalismo de Agostinelli. ***Para leer con el sahumerio prendido.***

Ciencia vs. New Age III

PARANOIA EN LAS PIPETAS

Ciencia vs. New Age III

SISTEMA DE CO
SISTEMA DE IG

*Por Alejandro Piscitelli**
*y Marina Umaschi***

"El progreso del conocimiento se mide mucho mejor por la historia de las preguntas que por la de las respuestas y, aunque el pensamiento no empiece en la pregunta, sí termina en la respuesta; porque responder es un proceso de adaptación y preguntar, un acto de rebelión." Jorge Wagensberg.

"Lo mejor que se puede hacer con las creencias extrañas es pasarlas por el tamiz de las herramientas y el escepticismo de la nueva ciencia. Y lo mejor que se puede hacer con los creyentes de lo extravagante es mirarlos con la simpatía del buen antropólogo o psicólogo buscando, no el insulto de la cura, sino el cumplido de la comprensión (ajena)." Steward Brand.

Toda determinación es una negación, enseñó a principios de la modernidad el filósofo holandés Baruch de Spinoza, mucho antes de que el lingüista Ferdinand de Saussurre definiera los rasgos únicos y distintivos de cada fonema en oposición al resto de los fonemas. Más cerca nuestro, epistemólogos experimentales, como Heinz von Foerster y Francisco Varela complementaron la tesis spinocista: no sólo definir es excluir y dibujar contornos es separar unos objetos de otros, sino que, además, toda distinción es hecha por un observador... para otros observadores. Negación y determinación, definición y exclusión, aceptación y condena más que meras constataciones implican actos poderosos de la voluntad que asocian en un gesto único la verdad con el deseo, la creencia con la expectativa, el saber con el poder.

Este prolegómeno viene a cuento, es un nuevo cuento, de la polémica sobre la New Age iniciada a fines de 1992, en este mismo suplemento por el peso liviano Andrew Ross, profesor de la Universidad de Princeton y autor de *Strange Weather. Culture, science and technology in the age of limits*, y el peso pesado Alejandro Agostinelli, directivo del Centro Argentino para la Investigación y Refutación de la Pseudociencia (CAIRP).

Según Ross, en la New Age hay gatos y liebres. En cambio, para Agostinelli, en la noche de la sinrazón oscurantista —que engloba las prácticas más disímiles— todos son gatos y ninguna creencia merece respeto, a menos que remita a los viejos y probados senderos de la razón científica defendidos por el CAIRP, filial nacional del Committee for the Scientific Investigation for Claims of the Paranormal (SCICOP), con notables adherentes como Carl Sagan e Isaac Asimov, y demás epistemólogos y científicos *fundamentalistas*.

Porque de esto exactamente se trata: de investigar en mucho mayor detalle que la lectura descuidada y apresurada de Ross hecha por Agostinelli, qué es lo que está en juego en este debate sobre la New Age, con qué criterios debemos valorar sus aciertos o delirios, qué títulos de nobleza tiene la ciencia (oficial) para determinar cómo debemos orientar nuestras prácticas y creencias y, lo que es más importante: ¿hasta qué punto el derrumbe de la New Age supone, en contrapartida, el triunfo final de la razón positivista —llámese CAIRP o SCICOP— en detrimento de otras formas de practicar la ciencia que no por tener una afinidad epocal con la New Age se subordinan o reducen a ella?

La Nueva Era no es un movimiento organizado ni tampoco pretende presentarse como tal. No tiene un líder, ni un programa de acción, ni un preámbulo de principios, ni un tribunal supremo, ni un código de ética profesional, ni una academia. En su seno todo halla abrigo: Woodstock y Timothy Leary, la psicodelia y el rock and roll, el budismo occidentalizado y las terapias alternativas, la macrobiótica y la medicina holística, las drogas duras y el pasotismo, el esoterismo y las prácticas demoníacas, el canibalismo y el sadomasoquismo, el SIDA a domicilio y la alienación.

Son más o menos New Age: ¿la teosofía o los implantes cerebrales?, ¿los cristales de cuarzo o los cyberpunks?, ¿el chamanismo de Don Juan o los hackers?, ¿las medium a-la-Shirley Mc Laine o los nanotecnólogos?, ¿la combustión humana espontánea o las drogas inteligentes?, ¿la parapsicología o la realidad virtual?, ¿la reencarnación o la criptomnesia?, ¿las experiencias extracorporales o la conciencia dividida?, ¿la teoría de la tierra plana o el proyecto de búsqueda de la inteligencia extraterrestre? (Schultz, 1989; Rucker, 1992). ¿Es pertinente y útil poner a todas estas experiencias en la misma bolsa bajo el acápite de "conspiradores de Acuario", como hace Agostinelli?



¿NEW AGE ES LO MISMO QUE ANTICIENCIA?

A veces es bueno separar la paja del trigo —para después volver a juntarlos—. Existen bibliotecas enteras en donde los defensores de lo extrasensorial, paranormal e inexplicado se enfrentan a los guardianes del orden científico. Qué extrañas paradojas ve la historia: en el siglo XVI Galileo debió defenderse de la Inquisición, hoy en día son los científicos vencedores de ese debate quienes se han convertido en los nuevos inquisidores —muchas veces con razón—. No es moral ni justo que un miembro de una secta muera por rechazar una transfusión sanguínea, ni tampoco que se hagan sacrificios humanos en nombre de alguna deidad superior, ni que millones de rusos muriesen de hambre gracias a que Stalin apoyó a Lyssenko, un fraudulento biólogo antidarwiniano.

Sin embargo, con el mismo criterio, tampoco es moral ni justo tildar de brujo, por ejemplo, al equipo de la Unidad de Stress del Hospital Italiano que introdujo, en sus salas de alta complejidad quirúrgica, técnicas de relajación y nociones como ideodinamia (las ideas provocan la acción), emergencia imaginaria, alarma corporal y cuerpo efector (el cuerpo no discrimina entre imágenes externas e internas y por lo tanto responde de la misma manera ante la información falsa o imaginada que ante la verdadera). Después de todo, los resultados en pacientes que deben someterse a estudios con alto grado de indefensión (cirugías, biopsias, quimioterapias, etcétera) son excelentes.

"Difícilmente la New Age pueda poner en cuestión a la ortodoxia científica, aunque ésta envidie las ventas y los fondos que moviliza. El peligro real es otro y viene desde el interior. Se trata de la proliferación de formas distintas de practicar y concebir la ciencia. De nuevos programas de investigación que ponen en cuestión la hegemonía de los paradigmas clásicos."

La incapacidad de discriminar entre lo externo y lo interno, lo verdadero y lo falso da una pista de lo que está en juego en la polémica CAIRP vs. New Age. Como una ex parapsicóloga bien lo recuerda, es imposible probar que un fenómeno como la percepción extrasensorial (ESP) no existe ya que es imposible probar una proposición negativa universal (Blackmore, 1986). Por su parte, la epistemología experimental también revela que es muy difícil discriminar entre percepción e ilusión, realidad y fantasía, ficción y absoluto (Maturana & Varela, 1986). Ni el cerebro ni los sentidos vienen genéticamente entrenados para salir airosos de estos menesteres y es gracias al aprendizaje social consensuado —alucinaciones colectivas— que tiene lugar el filtraje entre lo real y lo virtual, lo debido y lo prohibido.

Sólo una visión estrechamente positivista —propia de científicos ingenuos y de epistemólogos realistas y materialistas—, descontextualizada y fundamentalmente representacionalista del quehacer científico pudo desestimar tan fácilmente los fenómenos paranormales. Y no es que en ellos no haya poco —sino casi todo— para criticar o rechazar. Sólo que en el caso de la cruzada agostinelliana este desprecio es tan sólo un pretexto. Estos harapientos del pensamiento, estos marginales de la era del vacío, estos desesperados que buscan una respuesta explicativa —pero sobre todo existencial— no pueden amenazar a la ciudadela científica. Difícilmente ellos puedan poner en cuestión a la ortodoxia, aunque ésta bien les envidie las ventas y los fondos que movilizan. El peligro real es otro, y viene desde el interior. Se trata de la proliferación de formas distintas de practicar y concebir la ciencia. De nuevos programas de investigación que pone en cuestión la hegemonía de los paradigmas clásicos. De visiones del mundo (organicistas y holísticas, *semejantes* a la New Age pero que no se confunden con ella) con un dominio técnico, un instrumental computacional y una libertad de exploración infinitamente más constructiva que la profesada por esos "observadores escépticos" convertidos en neoinquisidores.

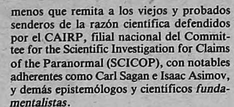
DE LA NEW AGE PARA LA NUEVA ALIANZA

El pensamiento agostinelliano se asienta en la convicción de que *"el conjunto de actividades que buscan el desarrollo de la ciencia están entre las pocas del trajín humano que no fueron seriamente envilecidas por la mentira, la corrupción y el fraude"*. Contrariando las expectativas del CAIRP, de los metodólogos de una ciencia heredera del ascetismo de Robert Merton, el fraude ha dejado de ser la excepción y se está convirtiendo en la regla. De anomalía psicológica se convirtió en regla de supervivencia sociológica. La escasez de fondos así lo exige y la lógica de la Gran Ciencia —cada vez más ligada a la del Gran Capital— así lo impone.

La afirmación de Agostinelli no podría sonar más ingenua si ya no lo fuera tanto. Pero igualmente es un buen ejemplo de cómo su discurso está atravesado por una dimensión que nos interesa *revelar*. A saber, cómo se utiliza la retórica para convertir "artefactos" varios (presupuestos, creencias, sugerencias, hipótesis) en hechos de la razón pura, atemporal, cínica e inconmovible.

Dicen los representantes del CAIRP que la New Age socava los cimientos de la credibilidad pública de la ciencia y cual boomerang instala la supercheria y el charlatanerismo ahí donde la verdad debería hablar por sí misma. Pero, ¿es su miedo fiel representante del de la sociedad? La alarma de Agostinelli *"ante el sostenido crecimiento de la Nueva Era en la Argentina, que se aleja cada vez más del under para acercarse a ciertas superestructuras, copando por los cuatro costados los medios de difusión y colocando en entredicho la posibilidad del hombre por sobrevivir a las supersticiones que va sembrando en el camino"*, ¿es una preocupación social compartida por sectores de la población o es el terror que experimenta una secta o corporación —la de los científicos ortodoxos— ante la proliferación de realidades que ponen en cuestión su monopolio cognitivo? El desmoronamiento de la razón encapsulada en la ciencia de los siglos XVIII y XIX ¿testimonia su fin o tan sólo exhibe su metamorfosis? ¿No será la New Age un testaferro, un antiobjeto eliminable discursivamente, que bloquea la emergencia de otras amenazas? ¿O acaso bajo las ruinas de esa razón (que no es la única) no están ya

"Tampoco es moral ni justo tildar de brujo por ejemplo, al equipo de la Unidad de Stress del Hospital Italiano, que introdujo, en sus salas de alta complejidad quirúrgica, técnicas de relajación y nociones de ideodinamia, emergencia imaginaria y alarma corporal."



Ciencia vs. New Age III

SISTEMA DE CONOCIMIENTO, SISTEMA DE IGNORANCIA

*Por Alejandro Piscitelli**
*y Marina Umaschi***

"El progreso del conocimiento se mide mucho mejor por la historia de las preguntas que por la de las respuestas y, aunque el pensamiento no empiece en la pregunta, sí termina en la respuesta; porque responder es un proceso de adaptación y preguntar, un acto de rebelión." Jorge Wagensberg.

"Lo mejor que se puede hacer con las creencias extrañas es pasarlas por el tamiz de las herramientas y el escepticismo de la nueva ciencia. Y lo mejor que se puede hacer con los creyentes de lo extravagante es mirarlos con la simpatía del buen antropólogo o psicólogo buscando, no el insulto de la cura, sino el cumplido de la comprensión (ajena)." Steward Brand.

T*oda determinación es una negación*, enseñó a principios de la modernidad el filósofo holandés Baruch de Spinoza, mucho antes de que el lingüista Ferdinand de Saussurre definiera los rasgos únicos y distintivos de cada fonema en oposición al resto de los fonemas. Más cerca nuestro, epistemólogos experimentales, como Heinz von Foerster y Francisco Varela complementaron la tesis spinocista: no sólo definir es excluir y dibujar contornos es separar unos objetos de otros, sino que, además, toda distinción es hecha por un observador... para otros observadores. Negación y determinación, definición y exclusión, aceptación y condena más que meras constataciones implican actos poderosos de la voluntad que asocian en un gesto único la verdad con el deseo, la creencia con la expectativa, el saber con el poder.

Este prolegómeno viene a cuento, es un nuevo cuento, de la polémica sobre la New Age iniciada a fines de 1992, en este mismo suplemento por el peso liviano Andrew Ross, profesor de la Universidad de Princeton y autor de *Strange Weather. Culture, science and technology in the age of limits*, y el peso pesado Alejandro Agostinelli, directivo del Centro Argentino para la Investigación y Refutación de la Pseudociencia (CAIRP).

Según Ross, en la New Age hay gatos y liebres. En cambio, para Agostinelli, en la noche de la sinrazón oscurantista —que engloba las prácticas más disímiles— todos son gatos y ninguna creencia merece respeto, a menos que remita a los viejos y probados senderos de la razón científica defendidos por el CAIRP, filial nacional del Committee for the Scientific Investigation for Claims of the Paranormal (SCICOP), con notables adherentes como Carl Sagan e Isaac Asimov, y demás epistemólogos y científicos *fundamentalistas*.

Porque de esto exactamente se trata: de investigar en mucho mayor detalle que la lectura descuidada y apresurada de Ross hecha por Agostinelli qué es lo que está en juego en este debate sobre la New Age, con qué criterios debemos valorar sus aciertos o delirios, qué títulos de nobleza tiene la ciencia (oficial) para determinar cómo debemos orientar nuestras prácticas y creencias y, lo que es más importante: ¿hasta qué punto el derrumbe de la New Age supone, en contrapartida, el triunfo final de la razón positivista —llámese CAIRP o SCICOP— en detrimento de otras formas de practicar la ciencia que no por tener una afinidad epocal con la New Age se subordinan o reducen a ella?

La Nueva Era no es un movimiento organizado ni tampoco pretende presentarse como tal. No tiene un líder, ni un programa de acción, ni un preámbulo de principios, ni un tribunal supremo, ni un código de ética profesional, ni una academia. En su seno todo halla abrigo: Woodstock y Timothy Leary, la psicodelia y el rock and roll, el budismo occidentalizado y las terapias alternativas, la macrobiótica y la medicina holística, las drogas duras y el pasotismo, el esoterismo y las prácticas demoníacas, el canibalismo y el sadomasoquismo, el SIDA a domicilio y la alienación.

Son más o menos New Age: ¿la teosofía o los implantes cerebrales?, ¿los cristales de cuarzo o los cyberpunks?, ¿el chamanismo de Don Juan o los hackers?, ¿las medium a-la-Shirley Mc Laine o los nanotecnólogos?, ¿la combustión humana espontánea o las drogas inteligentes?, ¿la parapsicología o la realidad virtual?, ¿la reencarnación o la criptomnesia?, ¿las experiencias extracorporales o la conciencia dividida?, ¿la teoría de la tierra plana o el proyecto de búsqueda de la inteligencia extraterrestre? (Schultz, 1989; Rucker, 1992). ¿Es pertinente y útil poner a todas estas experiencias en la misma bolsa bajo el acápite de "conspiradores de Acuario", como hace Agostinelli?

¿NEW AGE ES LO MISMO QUE ANTICIENCIA?

A veces es bueno separar la paja del trigo —para después volver a juntarlos—. Existen bibliotecas enteras en donde los defensores de lo extrasensorial, paranormal e inexplicado se enfrentan a los guardianes del orden científico. Qué extrañas paradojas ve la historia: en el siglo XVI Galileo debió defenderse de la Inquisición, hoy en día son los científicos vencedores de ese debate quienes se han convertido en los nuevos inquisidores —muchas veces con razón—. No es moral ni justo que un miembro de una secta muera por rechazar una transfusión sanguínea, ni tampoco que se hagan sacrificios humanos en nombre de alguna deidad superior, ni que millones de rusos muriesen de hambre gracias a que Stalin apoyó a Lyssenko, un fraudulento biólogo antidarwiniano.

Sin embargo, con el mismo criterio, tampoco es moral ni justo tildar de brujo, por ejemplo, al equipo de la Unidad de Stress del Hospital Italiano que introdujo, en sus salas de alta complejidad quirúrgica, técnicas de relajación y nociones como ideodinamia (las ideas provocan la acción), emergencia imaginaria, alarma corporal y cuerpo efector (el cuerpo no discrimina entre imágenes externas e internas y por lo tanto responde de la misma manera ante la información falsa o imaginada que ante la verdadera). Después de todo, los resultados en pacientes que deben someterse a estudios con alto grado de indefensión (cirugías, biopsias, quimioterapias, etcétera) son excelentes.

La incapacidad de discriminar entre lo externo y lo interno, lo verdadero y lo falso da una pista de lo que está en juego en la polémica CAIRP vs. New Age. Como una ex parapsicóloga bien lo recuerda, es imposible probar que un fenómeno como la percepción extrasensorial (ESP) no existe ya que es imposible probar una proposición negativa universal (Blackmore, 1986). Por su parte, la epistemología experimental también revela que es muy difícil discriminar entre percepción e ilusión, realidad y fantasía, ficción y absoluto (Maturana & Varela, 1986). Ni el cerebro ni los sentidos vienen genéticamente entrenados para salir airosos de estos menesteres y es gracias al aprendizaje social consensuado —alucinaciones colectivas— que tiene lugar el filtraje entre lo real y lo virtual, lo debido y lo prohibido.

Sólo una visión estrechamente positivista —propia de científicos ingenuos y de epistemólogos realistas y materialistas—, descontextualizada y fundamentalmente representacionalista del quehacer científico pudo desestimar tan fácilmente los fenómenos paranormales. Y no es que en ellos no haya poco —sino casi todo— para criticar o rechazar. Sólo que en el caso de la cruzada agostinelliana este desprecio es tan sólo un pretexto. Estos harapientos del pensamiento, estos marginales de la era del vacío, estos desesperados que buscan una respuesta explicativa —pero sobre todo existencial— no pueden amenazar a la ciudadela científica. Difícilmente ellos puedan poner en cuestión a la ortodoxia, aunque ésta bien les envidie las ventas y los fondos que movilizan. El peligro real es otro, y viene desde el interior. Se trata de la proliferación de formas distintas de practicar y concebir la ciencia. De nuevos programas de investigación que pone en cuestión la hegemonía de los paradigmas clásicos. De visiones del mundo (organicistas y holísticas, *semejantes* a la New Age pero que no se confunden con ella) con un dominio técnico, un instrumental computacional y una libertad de exploración infinitamente más constructiva que la profesada por esos "observadores escépticos" convertidos en neoinquisidores.

"Difícilmente la New Age pueda poner en cuestión a la ortodoxia científica, aunque ésta envidie las ventas y los fondos que moviliza. El peligro real es otro y viene desde el interior. Se trata de la proliferación de formas distintas de practicar y concebir la ciencia. De nuevos programas de investigación que ponen en cuestión la hegemonía de los paradigmas clásicos."

DE LA NEW AGE PARA LA NUEVA ALIANZA

El pensamiento agostinelliano se asienta en la convicción de que *"el conjunto de actividades que buscan el desarrollo de la ciencia están entre las pocas del trajín humano que no fueron seriamente envilecidas por la mentira, la corrupción y el fraude"*. Contrariando las expectativas del CAIRP, de los metodólogos de una ciencia heredera del ascetismo de Robert Merton, el fraude ha dejado de ser la excepción y se está convirtiendo en la regla. De anomalía psicológica se convirtió en regla de supervivencia sociológica. La escasez de fondos así lo exige y la lógica de la Gran Ciencia —cada vez más ligada a la del Gran Capital— así lo impone.

La afirmación de Agostinelli no podría sonar más ingenua si ya no lo fuera tanto. Pero igualmente es un buen ejemplo de cómo su discurso está atravesado por una dimensión que nos interesa *revelar*. A saber, cómo se utiliza la retórica para convertir "artefactos" varios (presupuestos, creencias, sugerencias, hipótesis) en hechos de la razón pura, atemporal, cínica e inconmovible.

Dicen los representantes del CAIRP que la New Age socava los cimientos de la credibilidad pública de la ciencia y cual boomerang instala la superchería y el charlatanerismo ahí donde la verdad debería hablar por sí misma. Pero, ¿es su miedo fiel representante del de la sociedad? La alarma de Agostinelli *"ante el sostenido crecimiento de la Nueva Era en la Argentina, que se aleja cada vez más del under para acercarse a ciertas superestructuras, copando por los cuatro costados los medios de difusión y colocando en entredicho la posibilidad del hombre por sobrevivir a las supersticiones que va sembrando en el camino"*, ¿es una preocupación social compartida por sectores de la población o es el terror que experimenta una secta o corporación —la de los científicos ortodoxos— ante la proliferación de realidades que ponen en cuestión su monopolio cognitivo? El desmoronamiento de la razón encapsulada en la ciencia de los siglos XVIII y XIX ¿testimonia su fin o tan sólo exhibe su metamorfosis? ¿No será la New Age un testaferro, un antiobjeto eliminable discursivamente, que bloquea la emergencia de otras amenazas? ¿O acaso bajo las ruinas de esa razón (que no es la única) no están ya apareciendo otras voces que piensan a la ciencia como una narración de época, más que como un dispositivo de acceso a la verdad? No nos hablan *otros* científicos (premios Nobel incluidos) de una *Nueva Alianza* donde proliferan las inestabilidades, el caos, la indistinción percepción/ilusión, la complejidad, la irreversibilidad, la complementación observación/observado, en plena desafección de las tesis agostinellianas?

"Tampoco es moral ni justo tildar de brujo por ejemplo, al equipo de la Unidad de Stress del Hospital Italiano, que introdujo, en sus salas de alta complejidad quirúrgica, técnicas de relajación y nociones de ideodinamia, emergencia imaginaria y alarma corporal."

El sociólogo de la ciencia Bruno Latour (1987) de un sólo golpe pulveriza las pretensiones agostinellianas de *"difundir al público investigaciones imparciales"*. Poder + razón: he aquí la base de la fuerza de un argumento científico. Galileo Galilei tuvo la razón, le faltó el poder. Legó a la humanidad el apotegma *Eppur si muove* pero sólo fue escuchado siglos más tarde cuando consiguió un número importante de aliados. Vesalio no tuvo tanta suerte, ni supo pactar con los poderosos. Murió quemado, y sin embargo, la sangre circulaba en la Edad Media igual que hoy en día —si no más. Cristóbal Colón, visionario de nuevos mundos, necesitó siete años para comprender que de nada bastaba con gritar a los cuatro vientos la enseñanza talmúdica: *aún cuando mil sabios coincidan, pueden muy bien estar equivocados*. Le tomó casi una década darse cuenta de que debía recurrir a la reina y mostrarle el huevo que cubriría de oro.

Para los sociólogos "duros" de la ciencia, como Latour, los hechos científicos son construcciones retóricas inscriptas, como todo discurso, en un contexto social y político surcado por razones de poder que poco tienen que ver, por ejemplo, con las virtudes de un nuevo antibiótico y mucho con los dólares prometidos.

Sin embargo, bien dice el refrán popular que "el dinero no da la felicidad", porque en cuestiones de ciencia, muchas veces es más importante el prestigio académico y el mantenimiento de las estructuras jerárquicas que el descubrimiento de nobles verdades. ¿Por qué un artículo de *Nature*, debidamente aprobado por un destacado consejo editorial y de ahí para abajo por decenas y decenas de científicos, se impone como obligada cita bibliográfica en trabajos posteriores? ¿Por qué no necesita convencer a sus nuevos lectores? ¿Será porque el "vencer" tiene mucho que ver con el "con", es decir, con la sumatoria de firmas que avalan una postura?

Decía Galileo que en la ciencia, en oposición a la retórica, miles de Demóstenes y miles de Aristóteles podrían ser derrotados por un solo hombre común que encontrase la verdad por su cuenta. Sin embargo —aunque casi le cuesta la hoguera— esta afirmación no es más que otra muestra de los usos de la retórica, ya que la anécdota sólo sería cierta —a medias— si este hombre común pudiera movilizar a otros miles y miles de discursos de autoridad con los cuales lograr consenso. No nos olvidemos además, que este buen hijo de vecino sólo logrará *construir* su propia verdad —en lugar de encontrarla—, o bien estafará al futuro pretendiendo que el conocimiento y la verdad pueden ser únicos. Finalmente, las mentadas *investigaciones imparciales* son realizadas por sujetos que, por más que se esfuercen, no pueden dejar de ser cuerpos encarnados.

LA SOCIEDAD DE CIENTIFICOS SENTIMENTALES

La Nueva Ciencia se apropia del cuerpo y el alma de todo investigador que se rebela contra el mundo mecánico propuesto por Newton, contra la matemática y la física deterministas que pretenden anular la complejidad de la naturaleza, *contra el pienso, luego existo* inventado por Descartes al dividir al hombre en cuerpo y mente —gran avance para liberar al investigador de las cadenas de la Iglesia, pero insuficiente para liberarlo de sus propias cadenas. La Nueva Ciencia se rebela contra todo intento de clausurar las preguntas con mediciones y algoritmos; contra la sigilosa propuesta —omitida en "papers" y tesis— de permitir, como única pregunta válida, aquella que incluye en su seno la respuesta. Un círculo vicioso que no da lugar al vacío, al riesgo de que aparezca lo nuevo.

¿Por qué los Agostinelli temen a una *ciencia con cara humana*, como definió Andrew Ross a la New Age? ¿Por qué siguen fabricando en 1993, *Refutadores de Leyendas*? ¿Por qué se oponen con tanto fervor a los *Científicos Sentimentales*? Tal vez, porque temen un poco de locura entre tanta exactitud y precisión del paradigma newtoniano. Y, sin embargo, como dice Alejandro Dolina en *Crónicas del Angel Gris, ello no significa que debamos renunciar a la ciencia y a su arsenal. Ni que reneguemos de la licuadoras y los tónicos contra el catarro. Dos más dos son cuatro. Los Refutadores de Leyendas tienen razón. Pero nada más que eso: razón. A mí no me alcanza.* A los hombres de la Nueva Era, tampoco. A los científicos de la complejidad menos aún.

Los Refutadores de Leyendas han sostenido siempre que toda la naturaleza puede expresarse en términos matemáticos. Lo poco que queda fuera no existe, describe Dolina a los científicos del barrio de Flores. *Esta comparsa racionalista se ha esforzado, utilizando cifras, vectores y logaritmos, en representar cosas tales como el tango "El enterriano" o los celos de las novias de la calle Artigas. Cuando fracasaban, simplemente declaraban superstición lo que no conseguían encuadrar en sus estructuras científicas. Todo este arrebato cientificista no pudo menos que causar la repugnancia de los Hombres Sensibles de Flores que confiaban más en las corazonadas que en razón.*

Tal como es fácil sospechar, en el Barrio del Angel Gris los científicos románticos fueron derrotados por la prédica incesante de los Refutadores de Leyendas que no han hecho más que reemplazar las viejas narrativas por otras nuevas, más ingenuas que las anteriores ya que ignoran su condición de tales.

Sin embargo, el enemigo declarado del CAIRP —la Nueva Era— y su contrincante real —las ciencias de la complejidad y de la indeterminación— muestran que la batalla entre Refutadores de Leyendas y Hombres Sensibles está lejos de haber terminado. A esta nueva alianza de ciencias no le alcanza el tradicional criterio de falsabilidad y de demarcación. Contempla el caos, la intuición y el sentido común. No exige diploma de honor, ni maestrías pasadas de modas. Se abre al asombro y a las preguntas allí donde la ciencia tradicional se limita a negar con la cabeza. Introduce la espiritualidad y el amor como forma de prevención. Busca el contacto en la era de las pantallas y tira un cable a tierra cuando el asfalto nos hace olvidar el barro.

Memoria histórica de la humanidad que retorna a la sabiduría del "ojo clínico" —que no siempre es "escéptico" como pretende la revista del CAIRP—, las Ciencias de la Complejidad no hacen más que intentar nuevos caminos. Suman, en lugar de restar. No salen a cazar científicos tradicionales, ni disparan contra la razón. Simplemente abren un *diálogo entre tradiciones místicas y racionalidad científica posible a condición de que se conduzca a partir de las diferencias más que de las semejanzas, de la claridad de las luces más que del deslumbramiento provocado por la iluminación"*, en palabras de Henri Atlan (1991). Como dicen Agostinelli y Gardner, "todo vale" mientras no se contradiga la ley máxima de la medicina, "Primum non nocere", lo fundamental es no dañar. Ni con el exceso, ni con la falta.

Los maniquísmos al estilo vieja ciencia vs. nueva ciencia, ciencia vs. anticiencia, ciencia de la simplicidad vs. ciencia de la complejidad, siempre resultan mutiladores. Todo sistema de ignorancia. Gana y pierde, arroja luces y al mismo tiempo sobras, ensancha lo conocido pero desconoce no sólo aquello que queda por conocer sino mucho de lo sabido en otros registros. La división del trabajo del conocimiento está abierta, empero, a diversas tareas y misiones. Caras de una moneda polifacética, muchas búsquedas cognitivas aspiran a una vida mejor, coexistiendo en un mundo fragmentado donde los negros no son tan negros, ni los blancos tan blancos. Un mundo que se abre a los híbridos y a las nuevas clasificaciones, que inaugura el respeto por las realidades de otros hombres —tan inventadas como las nuestras— siempre y cuando supongan la responsabilidad por lo creado. Un mundo que no necesita de la etiqueta "made in science" para merecer respeto y entrega.

REFERENCIAS

Atlan, H. Con razón y sin ella. *Barcelona: Tusquets, 1991.*

Blackmore, S. The adventures of a parapsychologist. *Buffalo: Prometheus Books, 1986.*

Gardner, M. La ciencia. Lo bueno, lo malo y lo falso. *Madrid: Alianza, 1988.*

Gross, A. The rethoric of science. *Harvard University Press, 1990.*

Latour, B. Science in action. *Harvard University Press, 1987.*

Maturana, H & Varela, F. El árbol del conocimiento. *Santiago, Universidad de Chile, 1986.*

Rucker, R et al Mondo 2000. A user's guide to the new edge. *New York: Harper Collins, 1992.*

Schultz, T (ed.): The fringes of reason. *New York: Harmony Books, 1989.*

Wagensberg, J. Ideas sobre la complejidad del mundo. *Barcelona: Tusquets, 1985.*

** Epistemólogo constructivista especializado en teorías de la complejidad. Profesor UBA.*

*** Estudiante Ciencias de la Comunicación, UBA. Periodista.*



ONOCIMIENTO, GNORANCIA

apareciendo otras voces que piensan a la ciencia como una narración de época, más que como un dispositivo de acceso a la verdad? No nos hablan *otros* científicos (premios Nobel incluidos) de una *Nueva Alianza* donde proliferan las inestabilidades, el caos, la indistinción percepción/ilusión, la complejidad, la irreversibilidad, la complementación observación/observado, en plena desafección de las tesis agostinellianas?

El sociólogo de la ciencia Bruno Latour (1987) de un sólo golpe pulveriza las pretensiones agostinellianas de *"difundir al público investigaciones imparciales"*. Poder+razón: he aquí la base de la fuerza de un argumento científico. Galileo Galilei tuvo la razón, le faltó el poder. Legó a la humanidad el apotegma *Eppur si muove* pero sólo fue escuchado siglos más tarde cuando consiguió un número importante de aliados. Vesalio no tuvo tanta suerte, ni supo pactar con los poderosos. Murió quemado, y sin embargo, la sangre circulaba en la Edad Media igual que hoy en día —si no más. Cristóbal Colón, visionario de nuevos mundos, necesitó siete años para comprender que de nada bastaba con gritar a los cuatro vientos la enseñanza talmúdica: *aún cuando mil sabios coincidan, pueden muy bien estar equivocados*. Le tomó casi una década darse cuenta de que debía recurrir a la reina y mostrarle el huevo que cubriría de oro.

Para los sociólogos "duros" de la ciencia, como Latour, los hechos científicos son construcciones retóricas inscriptas, como todo discurso, en un contexto social y político surcado por razones de poder que poco tienen que ver, por ejemplo, con las virtudes de un nuevo antibiótico y mucho con los dólares prometidos.

Sin embargo, bien dice el refrán popular que "el dinero no da la felicidad", porque en cuestiones de ciencia, muchas veces es más importante el prestigio académico y el mantenimiento de las estructuras jerárquicas que el descubrimiento de nobles verdades. ¿Por qué un artículo de *Nature*, debidamente aprobado por un destacado consejo editorial y de ahí para abajo por decenas y decenas de científicos, se impone como obligada cita bibliográfica en trabajos posteriores? ¿Por qué no necesita convencer a sus nuevos lectores? ¿Será porque el "vencer" tiene mucho que ver con el "con", es decir, con la sumatoria de firmas que avalan una postura?

Decía Galileo que en la ciencia, en oposición a la retórica, miles de Demóstenes y miles de Aristóteles podrían ser derrotados por un solo hombre común que encontrase la verdad por su cuenta. Sin embargo —aunque casi le cuesta la hoguera— esta afirmación no es más que otra muestra de los usos de la retórica, ya que la anécdota sólo sería cierta —a medias— si este hombre común pudiera movilizar a otros miles y miles de discursos de autoridad con los cuales lograr consenso. No nos olvidemos además, que este buen hijo de vecino sólo logrará *construir* su propia verdad —en lugar de encontrarla—, o bien estafará al futuro pretendiendo que el conocimiento y la verdad pueden ser únicos. Finalmente, las mentadas *investigaciones imparciales* son realizadas por sujetos que, por más que se esfuercen, no pueden dejar de ser cuerpos encarnados.

LA SOCIEDAD DE CIENTIFICOS SENTIMENTALES

La Nueva Ciencia se apropia del cuerpo y el alma de todo investigador que se rebela contra el mundo mecánico propuesto por Newton, contra la matemática y la física deterministas que pretenden anular la complejidad de la naturaleza, *contra el pienso, luego existo* inventado por Descartes al dividir al hombre en cuerpo y mente —gran avance para liberar al investigador de las cadenas de la Iglesia, pero insuficiente para liberarlo de sus propias cadenas. La Nueva Ciencia se rebela contra todo intento de clausurar las preguntas con mediciones y algoritmos; contra la sigilosa propuesta —omitida en "papers" y tesis— de permitir, como única pregunta válida, aquella que incluye en su seno la respuesta. Un círculo vicioso que no da lugar al vacío, al riesgo de que aparezca lo nuevo.

¿Por qué los Agostinelli temen a una *ciencia con cara humana*, como definió Andrew Ross a la New Age? ¿Por qué siguen fabricando en 1993, *Refutadores de Leyendas*? ¿Por qué se oponen con tanto fervor a los *Científicos Sentimentales*? Tal vez, porque temen un poco de locura entre tanta exactitud y precisión del paradigma newtoniano. Y, sin embargo, como dice Alejandro Dolina en *Crónicas del Angel Gris, ello no significa que debamos renunciar a la ciencia y a su arsenal. Ni que reneguemos de la licuadoras y los tónicos contra el catarro. Dos más dos son cuatro. Los Refutadores de Leyendas tienen razón. Pero nada más que eso: razón. A mí no me alcanza.* A los hombres de la Nueva Era, tampoco. A los científicos de la complejidad menos aún.

Los Refutadores de Leyendas han sostenido siempre que toda la naturaleza puede expresarse en términos matemáticos. Lo poco que queda fuera no existe, describe Dolina a los científicos del barrio de Flores. *Esta comparsa racionalista se ha esforzado, utilizando cifras, vectores y logaritmos, en representar cosas tales como el tango "El enterriano" o los celos de las novias de la calle Artigas. Cuando fracasaban, simplemente declaraban superstición lo que no conseguían encuadrar en sus estructuras científicas. Todo este arrebato cientificista no pudo menos que causar la repugnancia de los Hombres Sensibles de Flores que confiaban más en las corazonadas que en razón.*

Tal como es fácil sospechar, en el Barrio del Angel Gris los científicos románticos fueron derrotados por la prédica incesante de los Refutadores de Leyendas que no han hecho más que reemplazar las viejas narrativas por otras nuevas, más ingenuas que las anteriores ya que ignoran su condición de tales.

Sin embargo, el enemigo declarado del CAIRP —la Nueva Era— y su contrincante real —las ciencias de la complejidad y de la indeterminación— muestran que la batalla entre Refutadores de Leyendas y Hombres Sensibles está lejos de haber terminado. A esta nueva alianza de ciencias no le alcanza el tradicional criterio de falsabilidad y de demarcación. Contempla el caos, la intuición y el sentido común. No exige diploma de honor, ni maestrías pasadas de modas. Se abre al asombro y a las preguntas allí donde la ciencia tradicional se limita a negar con la cabeza. Introduce la espiritualidad y el amor como forma de prevención. Busca el contacto en la era de las pantallas y tira un cable a tierra cuando el asfalto nos hace olvidar el barro.

Memoria histórica de la humanidad que retorna a la sabiduría del "ojo clínico" —que no siempre es "escéptico" como pretende la revista del CAIRP—, las Ciencias de la Complejidad no hacen más que intentar nuevos caminos. Suman, en lugar de restar. No salen a cazar científicos tradicionales, ni disparan contra la razón. Simplemente abren un *diálogo entre tradiciones místicas y racionalidad científica posible a condición de que se conduzca a partir de las diferencias más que de las semejanzas, de la claridad de las luces más que del deslumbramiento provocado por la iluminación"*, en palabras de Henri Atlan (1991). Como dicen Agostinelli y Gardner, "todo vale" mientras no se contradiga la ley máxima de la medicina, "Primum non nocere", lo fundamental es no dañar. Ni con el exceso, ni con la falta.

Los maniquísmos al estilo vieja ciencia vs. nueva ciencia, ciencia vs. anticiencia, ciencia de la simplicidad vs. ciencia de la complejidad, siempre resultan mutiladores. Todo sistema de ignorancia. Gana y pierde, arroja luces y al mismo tiempo sobras, ensancha lo conocido pero desconoce no sólo aquello que queda por conocer sino mucho de lo sabido en otros registros. La división del trabajo del conocimiento está abierta, empero, a diversas tareas y misiones. Caras de una moneda polifacética, muchas búsquedas cognitivas aspiran a una vida mejor, coexistiendo en un mundo fragmentado donde los negros no son tan negros, ni los blancos tan blancos. Un mundo que se abre a los híbridos y a las nuevas clasificaciones, que inaugura el respeto por las realidades de otros hombres —tan inventadas como las nuestras— siempre y cuando supongan la responsabilidad por lo creado. Un mundo que no necesita de la etiqueta "made in science" para merecer respeto y entrega.

REFERENCIAS

Atlan, H. Con razón y sin ella. *Barcelona: Tusquets, 1991.*

Blackmore, S. The adventures of a parapsychologist. *Buffalo: Prometheus Books, 1986.*

Gardner, M. La ciencia. Lo bueno, lo malo y lo falso. *Madrid: Alianza, 1988.*

Gross, A. The rethoric of science. *Harvard University Press, 1990.*

Latour, B. Science in action. *Harvard University Press, 1987.*

Maturana, H & Varela, F. El árbol del conocimiento. *Santiago, Universidad de Chile, 1986.*

Rucker, R et al Mondo 2000. A user's guide to the new edge. *New York: Harper Collins, 1992.*

Schultz, T (ed.): The fringes of reason. *New York: Harmony Books, 1989.*

Wagensberg, J. Ideas sobre la complejidad del mundo. *Barcelona: Tusquets, 1985.*

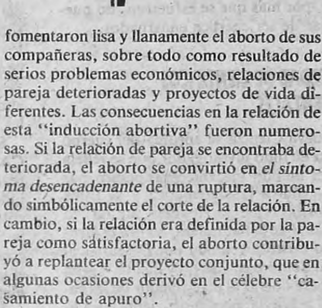
** Epistemólogo constructivista especializado en teorías de la complejidad. Profesor UBA.*

*** Estudiante Ciencias de la Comunicación, UBA. Periodista.*



Los hombres y el aborto:

¿EMBARAZADO YO?



Por Anahí Viladrich*

El aborto intencional en la Argentina constituye la primera causa de mortalidad materna y su clandestinidad —legal y social— no ha contribuido más que a ocultar las consecuencias sanitarias y sociales de su incidencia. Algunos datos estadísticos señalan que las complicaciones por aborto representan el 40 por ciento del total de egresos por afecciones obstétricas directas en los hospitales públicos en nuestro país (Dirección de Estadísticas de Salud, Serie 4, Nº 14, 1989). Esta relación perversa entre la visibilidad de las muertes por aborto y el ocultamiento del tema en el ámbito público se hace extensiva a las dificultades para conocer las razones que conducen a una mujer y/o a su pareja a decidir un aborto intencional. Ahora bien, ¿qué opinión y participación tienen los hombres sobre los abortos de sus mujeres?

EL VARON AUSENTE

La exclusión del hombre en los temas relativos a la reproducción en general y al aborto en particular se verifica en diversos niveles. En primer lugar, la omisión responde a una posición ideológica que se sustenta en argumentos sobre su pretendido desinterés y que contribuye a cargar a la mujer de responsabilidad sobre la reproducción. En las investigaciones sociales sobre el aborto, la ausencia del hombre como objeto de análisis obedece a problemas de alcance político, teórico y metodológico. En primer lugar, su clandestinidad conduce a que aún hoy sea difícil abordar el tema en grupos de mujeres y más aún entre los hombres. Además la mayoría de las investigaciones sociales sobre el tema han sido realizadas por y para mujeres. Somos las mujeres las primeras interesadas en los fenómenos derivados de nuestra biología, buscando respuestas a los conflictivos vínculos entre la naturaleza y la cultura.

Gran parte del movimiento feminista y los movimientos de "elección libre" (pro-choice) reivindican el aborto intencional como un derecho exclusivamente femenino, subestimando —en ocasiones— la participación masculina en la concepción, por considerar que estos temas no interesan ni deben involucrar al hombre". Si bien es la mujer quien decide en última instancia la continuidad o no de su embarazo, numerosas investigaciones confirman la idea de que el aborto es el resultado de decisiones "negociadas" entre mujeres y varones, en las que los hombres inciden significativamente en su puesta en práctica. Algunos de nuestros estudios realizados en parejas constituidas concluyen que el hombre participa en todos los procesos ligados a las decisiones reproductivas, sea por acción u omisión, y muchas veces son ellos quienes inducen a sus mujeres a interrumpir o proseguir un embarazo.

En los relatos de cerca de 40 de nuestras entrevistadas —la mayoría de ellas casadas o juntadas, con dos hijos y pertenecientes a diversos niveles socio-culturales— se observa la participación del compañero en el proceso de aborto, ejerciendo diversos roles: se ocupa de la búsqueda de contactos médicos, junta dinero para los onerosos gastos de la intervención, acompaña a su mujer en el proceso y aun "sufre el aborto en carne propia" (sic Julián, casado, 42 años).

En lo relativo a los temas reproductivos somos las mujeres quienes encarnamos el papel protagónico —sea que el embarazo concluya en parto, cesárea o aborto— por el simple hecho de que la biología nos brindó la maravillosa posibilidad de exponer el cuerpo para tales fines. Respecto de la participación masculina nuestros datos nos ofrecen una amplia gama de posibilidades. En un estudio realizado con 20 hombres mayores de 25 años (algunos, esposos de nuestras entrevistadas), observamos que su interés y preocupación por el tema aborto depende de dos factores: *del tipo de vínculo formal* que los une a sus compañeras (novio, amante, marido) y de su *compromiso afectivo* para con ellas (amor, desinterés, culpa). De estas variables deriva que el aborto se convierta en un "problema de pareja" o "en un asunto de la mujer sola". En definitiva para los hombres entrevistados el producto de la concepción puede ser vivido en estas tres variantes: como un hijo propio, un feto ajeno o un simple coágulo de sangre carente de status jurídico.

En los casos en los que la relación hombre-mujer es más estable (el caso típico es el de un matrimonio con varios años de convivencia), el compañero suele sentirse embarazado junto con su esposa, como una extensión del vínculo afectivo que los une. El hombre se vincula con su hijo potencial a través del cuerpo de su compañera y en el caso de decidir interrumpir el embarazo, aborta junto con ella. En dichas circunstancias los hombres suelen vivir el aborto como una paternidad frustrada, como una herida narcisística o incurren en sentimientos de culpa ante la ausencia de medidas contraceptivas adecuadas. Curiosamente, estos mismos entrevistados no manifiestan reparo alguno al desligarse afectiva y aún materialmente del aborto de aquellas mujeres a quienes incluyeron en las categorías de amantes, "fatos" o "partenaires sexuales".

"TE AMAN O TE DEJAN"

Según la opinión de 18 de nuestras entrevistadas, un mismo hombre puede involucrarse en el proceso de aborto en algunas ocasiones y no así en otras. Estas mujeres sienten que no necesitan un vínculo estrecho con su compañero para representar simbólicamente al embrión como un hijo potencial: el feto es parte de ellas como puede serlo "un brazo o una pierna más" (sic Clara, 35 años). El hombre, en cambio, tiene la posibilidad de desentenderse de su paternidad y de su responsabilidad en la concepción, sea por desinterés hacia la mujer o simplemente negando su participación en la concepción.

Susana se hizo dos abortos, antes de su primer hijo (empleada, 36 años): "Bueno, yo me hice dos abortos. Uno fue con mi marido antes de estar conviviendo. El otro fue con otro muchacho, pero ese pibe no quiso saber absolutamente nada. Se hizo cargo del acuse, puso la guita..., como sucede siempre cuando tienen un mango, pero nada más, a la semana se hizo humo...".

Según la opinión de 24 de nuestras entrevistadas el hombre se comporta de manera ambivalente ante el aborto: se involucra "en cuerpo y alma" o *"pone sólo el pene y si tenés suerte, la plata"* (sic Lucía, 29 años). En los peores casos se borra diciendo "este pibe no es mío, andá a encajárselo a otro" (sic, Ana 34 años).

Por razones biológicas y culturales los hombres —a diferencia de las mujeres— tienden a disociar más fácilmente el acto sexual de la procreación. Para las mujeres las práctica sexuales se vinculan estrechamente con la capacidad potencial de convertirse en mamás, cualquiera sea su estado civil. La maternidad, para nosotras, es anunciada física y simbólicamente por el propio cuerpo: sentimos, observamos y palpamos el crecimiento de nuestros senos, vientre y caderas, percibiendo —a veces con asombro y desagrado— la modificación de nuestras funciones fisiológicas ante un nuevo embarazo. Ante todo este proceso, a los hombres clínicamente no les pasa nada, la "couvade" (puerperio masculino que se verifica en algunas tribus como los indios matacos, por ejemplo) es una representación masculina del posparto cuya función social no se corresponde con las sociedades occidentales y cristianas como la nuestra. Es por ello que en el caso de los hombres la construcción de la paternidad es social y cultural antes que biológica.

En algunos casos estudiados, los hombres fomentaron lisa y llanamente el aborto de sus compañeras, sobre todo como resultado de serios problemas económicos, relaciones de pareja deterioradas y proyectos de vida diferentes. Las consecuencias en la relación de esta "inducción abortiva" fueron numerosas. Si la relación de pareja se encontraba deteriorada, el aborto se convirtió en *el síntoma desencadenante* de una ruptura, marcando simbólicamente el corte de la relación. En cambio, si la relación era definida por la pareja como satisfactoria, el aborto contribuyó a replantear el proyecto conjunto, que en algunas ocasiones derivó en el célebre "casamiento de apuro".

Distinguimos, además, distintos niveles de la participación masculina en el proceso de aborto, según los diferentes estratos socio-culturales de la población entrevistada. En los entrevistados (mujeres y varones) de sectores medios y altos las decisiones sobre la reproducción suelen ser más "conversadas" y compartidas que en el caso de nuestros entrevistados de sectores populares. El hombre suele correr con los gastos económicos del aborto —en el marco del mercado clandestino del aborto— *"indemnizando"* el cuerpo de su compañera de los posibles riesgos que pudiera sufrir en ese trance. La división sexual de los roles sexuales se pone aquí de manifiesto en forma evidente: la mujer expone el cuerpo físico (su vagina, su útero) y el hombre su cuerpo simbólico (el dinero, al apoyo moral y afectivo).

En los sectores populares, en cambio, la participación masculina surge de manera *conflictiva*. En algunos casos el hombre suele oponerse al aborto de su compañera, por preferir el proyecto de familia extensa, sea fomentando nuevos nacimientos u oponiéndose al cuidado anticonceptivo de su compañera. Para estas parejas el número de hijos es un rasgo de solidez familiar y de status social, reinando aquí el viejo refrán: "La riqueza de los pobres son sus hijos". Por otro lado, ante la escasez de recursos económicos, la práctica segura del aborto suele ser una alternativa impensable, por lo tanto el hombre prefiere no exponer a su compañera a métodos riesgosos de aborto como suelen serlo las sondas, las agujas de tejer y otros objetos colocados en el cuello del útero, ya sea por las mismas mujeres, por amigas o comadronas. El reclamo más frecuente que los hombres realizan a sus mujeres es el siguiente: "Si a vos te pasa algo... ¿con quién quedan los chicos?".

La ignorancia acerca de los métodos anticonceptivos y de su correcta utilización es el epílogo —y el inicio— de todo el complejo cuadro descripto hasta aquí. Esta ignorancia no es exclusiva de los sectores populares, sino que se extiende al conjunto de nuestros entrevistados. El *coitus interruptus*, por ejemplo, es para muchos, una técnica adecuada de control de la natalidad, y su frecuente ineficacia sienta las dudas de la fidelidad de la relación de pareja: "Yo quedé embarazada, pero fue raro porque él terminaba afuera. Por eso él tenía desconfianza, dice que el chico no es suyo, que es de otro. Por eso también quise abortar, para que no le tome fastidio al bebé." (Rosa, 35 años. Empleada).

En algunos varones de sectores populares, observamos además un doble discurso entre su negativa a tener más hijos y la delegación de la responsabilidad anticonceptiva en sus compañeras. Como ejemplo tragicómico de esta situación, tenemos el testimonio de una mujer con siete hijos y tres abortos intencionales, quien desesperada ante la inminencia de un nuevo embarazo y cansada de que su marido siempre "olvidara" la compra de profilácticos, se decidió a tomar la iniciativa y los compró por su cuenta. Al llegar a su casa y enseñarle "la sorpresa" a su marido éste la acusó de serle infiel argumentando:

"¿Cómo sabías vos la medida que tenías que comprar? Seguro que te anduviste revolcando por ahí...".

* *Licenciada en Sociología, Universidad de Buenos Aires. Integrante del equipo "Salud y Sociedad" del Centro de Estudios de Estado y Sociedad.*

GRAGEAS

El Centro de Divulgación Científica y Técnica de la Fundación Campomar ha abierto la inscripción para el Curso-Taller de Periodismo Científico correspondiente a 1993, el que se dictará a partir del mes de abril. El temario del curso incluirá, entre otros puntos, información teórico-práctica sobre cómo escribir una nota de divulgación científica, dónde buscar la información novedosa y confiable, técnicas redaccionales y de estilo así como la manera de adecuar el discurso al perfil del medio en el que será publicada. El curso-taller tendrá una duración de 5 horas semanales, se dictará dos veces por semana, de 18.45 a 21.15, y contará con la presencia de periodistas especializados de los principales medios de difusión de la Capital así como de destacados investigadores, interesados por la divulgación científica, quienes dictarán seminarios sobre sus respectivas actividades.

El cierre de inscripción será el 15 de marzo próximo. Los participantes deberán ser graduados universitarios o terciarios que puedan leer textos en inglés.

Informes e inscripción: avenida Patricias Argentinas 435, Parque Centenario, Capital, en el horario de 12 a 17. Teléfonos 88-3055/4011.